



**NÚMERO 30**  
**ABRIL 2020**  
**Buenos Aires**

---

## **EL LENGUAJE EN EL PENSAMIENTO DE MERLAU-PONTY<sup>1</sup>**

**Jaime Aspiunza (España)<sup>2</sup>**

«En cierto sentido, como dice Husserl, toda la filosofía consiste en restituir un poder de significar, un nacimiento del sentido o un sentido salvaje, una expresión de la experiencia por la experiencia que ilumina particularmente el campo especial del lenguaje. Y, en cierto sentido, como dice Valéry, el lenguaje lo es todo, puesto que no es la voz de nadie, es la voz misma de las cosas, de las aguas y los bosques. Y lo que hay que entender es que entre estas dos ideas no hay inversión dialéctica, no tenemos por qué reunir las en una síntesis: son dos aspectos de la reversibilidad que es la verdad última».

*Lo visible y lo invisible, 192/203-4.*

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en Congreso Internacional de Fenomenología y Hermenéutica, Actas I, 2008, pp. 105-115.

<sup>2</sup> Dr. En Filosofía, Profesor de Filosofía de los Valores y Antropología Social de Universidad del País Vasco (España).

Hace mucho tiempo que se habla sobre la Tierra, y las tres cuartas partes de lo que se dice pasan inadvertidas». Así comienza el primer capítulo de *La prosa del mundo*. No se está refiriendo Merleau-Ponty a que no escuchemos, no; continúa: «Una rosa, llueve, hace un tiempo hermoso, el hombre es mortal. Para nosotros son éstos casos de expresión pura. Nos parece que ésta alcanza su cima cuando señala inequívocamente acontecimientos, estados de cosas, ideas o relaciones, [es decir,] cuando hace que nos deslicemos hacia el objeto que designa. [...] Expresar no es entonces sino reemplazar una percepción o una idea por una señal convenida que la anuncia, la evoca o la abrevia<sup>3</sup>.

Así es cómo se entiende normalmente, y se ha entendido durante mucho tiempo, el lenguaje: en cuanto «reflejo» del mundo, en cuanto doble del ser. Decimos «la pizarra es negra» y «vemos» cómo se corresponden las palabras y la realidad. O, mejor dicho, ni siquiera miramos y vemos que se correspondan: si la expresión funciona, las palabras se borran a sí mismas, y nos dejan con las cosas. De ahí el ideal de transparencia del lenguaje: «puro signo para una pura significación»<sup>4</sup>.

Tan es así que la verdad se define precisamente de ese modo, como correspondencia entre las palabras y las cosas —la realidad. Y, por eso mismo, en cuanto se nos complican un poco las frases y dejamos de decir obviedades parece que la verdad se esfuma y que el lenguaje no cumple su función.

¿Qué hay detrás de tal concepción del lenguaje en cuanto reflejo de la realidad? Un dualismo —y no entro ahora a calificarlo— que separa, oponiéndolos, lenguaje y realidad, eso sí, al precio de dar por supuesta una homología entre ambos: realidad y lenguaje estarían en el fondo hechos de la misma materia, o, en cualquier caso, se entenderían de la misma forma: como entes. El problema, entonces, es que no hay modo de comprender cómo se pueda decir una verdad nueva, cómo se pueda escribir literatura o hacer filosofía que aspiren a ser verdad.

*Lo visible y lo invisible*, el texto póstumo, inacabado de Merleau-Ponty, pretende ser una superación del dualismo ontológico. Del tradicional pero también del propio, bien que este no fuera pretendido. En *Fenomenología de la percepción*, por más que explícitamente se quisiera dar cuenta de nuestro ser de mundo, la percepción, no obstante, no dejaba de ser un acto de la conciencia, de manera que a la postre la polaridad conciencia-mundo volvía a reproducirse. Aparece allí una concepción novedosa del lenguaje en cuanto gesto corporal que vendría a cantar el mundo, pero lo que quieren decir las palabras y las cosas es algo que vemos aparecer en la conciencia originaria<sup>5</sup>. Hay, pues, cierta ambigüedad. Y no es que queramos verla

---

<sup>3</sup> Merleau-Ponty, M. *La prosa del mundo*. Madrid: Taurus, 1971, p. 25.

<sup>4</sup> *Ib.*, p. 30.

<sup>5</sup> Merleau-Ponty, M. *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península, 2000, p. 15.

nosotros. El propio Merleau-Ponty, en un par de notas de trabajo de 1959, refiriéndose a la *Fenomenología de la percepción*, dice: «Los problemas que quedan después de esta primera descripción se explican porque he conservado en parte la filosofía de la “conciencia”»<sup>6</sup>. Y un poco más adelante remata: «[...] son insolubles porque mi punto de partida es la distinción “conciencia” -“objeto”»<sup>7</sup>.

Efectivamente, en la tercera parte de la *Fenomenología de la percepción* trata de captar el verdadero sentido del ser de mundo con ayuda del «cogito tácito». Frente a la reducción intelectualista del mundo a mero objeto, propone la figura irreductible de lo percibido: el fenómeno. Sin embargo, el mundo se entiende de una manera implícita como realidad en sí, necesitada de una conciencia que dé cuenta de lo fenoménico. Que el cogito sea tácito es la manera como pretende escapar del intelectualismo: ¿qué significa, sin embargo, un cogito que se hace cargo del mundo sin ser conocimiento? Esa vía negativa de superar el intelectualismo queda en última instancia prendida de él. Si la conciencia ha de resolver el problema de lo fenoménico no puede seguir siendo algo contrapuesto al mundo, sino parte de él.

En el período intermedio de su pensamiento, entre los años 1949 y 1952, para evitar el subjetivismo introduce Merleau-Ponty en su reflexión la condición social o intersubjetiva del lenguaje. Aun cuando esto suponga el reconocimiento de un fundamento transcendental, puede entenderse también, sin embargo, que lo que se produce es el paso de la conciencia individual a la conciencia social, con lo que, respecto del mundo, seguiríamos encontrando cierta polaridad. De ahí el que todavía en su última época vea Merleau-Ponty necesario seguir corrigiendo dicho dualismo. De lo que se trata en *Lo visible y lo invisible* es de concebir el lugar del sujeto en el mundo sin recurrir a la conciencia y sin retornar por ello al realismo ni arriesgar la posibilidad de dar cuenta de la objetividad<sup>8</sup>.

En ese período intermedio, en torno a *La prosa del mundo*, se centra Merleau-Ponty en el asunto de la expresión, y esto va a ser lo que permita el paso a la ontología esbozada en sus últimos textos. No se trata ya en esta fase de entender el lenguaje como un modo de expresión corporal, sino de entrar a fondo en lo que significa la operación de expresión llevada a cabo por el lenguaje.

Lo primero de todo es desmontar esa tendencia del lenguaje al idealismo. El hecho de que, cuando la palabra resulta lograda, pasemos directamente al sentido por encima de las palabras, nos lleva a entender el lenguaje de modo idealista. El lenguaje en su funcionamiento se borra a sí mismo, su operación consiste en hacerse invisible, transparente, como quien dice inexistente; de ahí el que parezca abrir una dimensión diferente, que sería la de las ideas puras, siempre existentes y significantes. Para evitar esto se ocupará Merleau-Ponty de la palabra naciente, del momento de producción de

---

<sup>6</sup> Merleau-Ponty, M. *Lo visible y lo invisible*. Barcelona: Seix Barral, 1970, p. 225.

<sup>7</sup> *Ib.*, p. 244.

<sup>8</sup> Cf. Barbaras, R. *De l'être du phénomène: l'ontologie de Merleau-Ponty*. Grenoble: Ed. Jérôme Millon, 1991, pp. 31-32.

la expresión, o de lo que el lenguaje tiene de expresión primordial. Esto le permitirá entender el mundo como origen de dicha expresión, como aquello que la expresión al tiempo revela y transforma.

La concepción clásica del lenguaje se apoya en la correspondencia unívoca entre signo y sentido:

Se cree que el sentido trasciende a los signos como el pensamiento trascendería a indicios sonoros o visuales, y se le cree inmanente en los signos debido a que cada uno de ellos, al tener de una vez por todas su sentido, sería incapaz de interponer entre él y nosotros opacidad alguna, e incluso de darnos que pensar<sup>9</sup>.

Mas no es así. Si el lenguaje fuera realmente transparente, la significación carecería de sentido. Si fuera mera traducción de pensamiento a palabras, no se diría nunca nada, no tendríamos la sensación de vivir en el lenguaje. «El sentido está completamente embebido en el lenguaje, la palabra juega siempre sobre el fondo de palabra, nunca es más que un pliegue en el inmenso tejido del habla»<sup>10</sup>. El pensamiento no es algo que esté previamente dado.

El sentido no es, pues, correspondencia entre dos entes dados, sino operación del signo, fruto del juego entre signos. Cuando se atiende a la expresión naciente, «el sentido de las expresiones en formación es lateral u oblicuo, resultado del comercio de las palabras mismas (o de las significaciones disponibles)»<sup>11</sup>.

Esta concepción proviene de un ahondamiento en los hallazgos de la lingüística de Saussure. Veamos esto con mayor detalle.

Lo que Merleau-Ponty reconocerá de la lingüística saussuriana es el valor diacrítico de los signos: el hecho de que sea el juego de las diferencias y de las oposiciones lo que produce el sistema de valores de la lengua, lo que lleva a darnos el sentido. No obstante, antes de entrar en ello, hay que precisar que donde Merleau-Ponty va a encontrar la verdadera esencia, digamos, del lenguaje es en lo que Saussure llamaba el habla, *la parole*. Por ello, lo primero que debemos considerar es una corrección.

Lo que Merleau-Ponty critica de la distinción característica entre lengua y habla es el hecho de que tal separación devenga en mera yuxtaposición de experiencias diferentes que parecen no comunicar entre sí. Saussure propone una lingüística sincrónica del habla y una lingüística diacrónica de la lengua; el caso es que si ambas lingüísticas meramente se yuxtaponen, el resultado es que el lenguaje vivido –tal es el habla– parece que nada tiene que aportar al conocimiento del lenguaje, es decir, parece que de la experiencia del lenguaje nada tenemos que aprender acerca de lo que el lenguaje sea. ¡Y eso –objetará de manera tajante Merleau-Ponty– es

---

<sup>9</sup> Merleau-Ponty, M. Signos. Barcelona: Seix Barral, 1964, p. 52.

<sup>10</sup> Loc. cit.

<sup>11</sup> Merleau-Ponty, M. La prosa del mundo, p. 80. [Cursiva, mía.]

imposible!<sup>12</sup> Ciencia del lenguaje y fenomenología del habla deben entrar inevitablemente en confrontación: será lo que haga él con Saussure.

Merleau-Ponty indagará el habla, la palabra, la experiencia del lenguaje vivo. Pues en ella el lenguaje nos ofrece otra cara que considerado en cuanto lengua: en el habla, en la palabra viva, cuando es expresiva —«el diálogo, el relato, el juego de palabras, la confianza, la promesa, la plegaria, la elocuencia, la literatura»<sup>13</sup>, y la filosofía —, no es el sujeto el que aprehende el objeto, sino que la relación teórica con el mundo queda invertida: el habla es uno de esos casos en que el mundo, invadiéndome, me invita a convertirme en espectador: «cuando yo hablo o cuando comprendo, experimento la presencia de los demás en mí o de mí en los demás [...] En la medida en que lo que yo digo tiene sentido, yo soy para mí mismo, cuando hablo, otro “otro”, y, en la medida en que comprendo, ya no sé quién habla y quién escucha»<sup>14</sup>. En el habla sale a la luz el modo de presencia del objeto para el sujeto, del mundo para el pensamiento. Por esa vía se podrá entender la relación entre realidad y lenguaje.

Considerando el habla llegará Merleau-Ponty a «una nueva concepción del ser del lenguaje»<sup>15</sup>. Obviamente, dentro del habla estamos distinguiendo el uso empírico del lenguaje ya hecho, del uso creador: el lenguaje auténtico, la palabra verdadera, a la cual llamará Merleau-Ponty lenguaje o palabra *hablante* u *operante*. A este lenguaje es al que nos vamos a referir a partir de aquí.

El habla/La palabra, en cuanto distinta de la lengua, es ese momento en que la intención significativa, muda aún y completamente en acto, se muestra capaz de incorporarse a la cultura [...] transformando el sentido de los instrumentos culturales<sup>16</sup>.

El lenguaje hablante es «el lenguaje que se hace en el momento de la expresión, y que va justamente a hacer que me deslice de los signos al sentido»<sup>17</sup>. Es la palabra del escritor, pero también la de la buena lectura, la de la lectura que engancha, y la de la conversación.

Al respecto nos dice Merleau-Ponty: cuando la lectura engancha, las palabras comunes nos van arrastrando a un mundo nuevo: «soy Stendhal cuando leo, pero eso es posible porque previamente Stendhal ha sabido instalarme en él»<sup>18</sup>. Al empezar a leer partimos de una lengua común, de unas significaciones adquiridas y disponibles, el libro entra en mi mundo —mas, si «engancha» quiere decir que nos arrastra, que nos saca de nosotros para llevarnos a sí, a otro lugar, a otro mundo. De alguna manera

---

<sup>12</sup> Merleau-Ponty, M. Signos, p. 103.

<sup>13</sup> Merleau-Ponty, M. La prosa del mundo, p. 25.

<sup>14</sup> Merleau-Ponty, M. Signos, p. 115.

<sup>15</sup> Merleau-Ponty, M. Signos, p. 105.

<sup>16</sup> Merleau-Ponty, M. Signos, p. 110.

<sup>17</sup> Merleau-Ponty, M. La prosa del mundo, p. 35.

<sup>18</sup> *Ib.*, p. 37.

nuestro lenguaje va viéndose deformado por el libro, la significación retorcida, sometida a torsión, y al cabo de la lectura, somos nosotros los que hemos entrado en otro lugar, en otro mundo. Por eso, «Soy Stendhal» —se sobreentiende que tras haberlo leído.

Pero sabemos, y quizá más claro que en la lectura de una novela lo vemos en la lectura filosófica, que ese entrar en un autor nuevo no es cosa de un momento: al principio vamos manejándonos con las palabras tal como las tenemos aprendidas, aun cuando veamos que no es ése justamente el significado que el autor les da; una vez lograda cierta totalización, una vez entrevista alguna clave, un sentido global u orientativo, comenzamos a precisar la significación que requieren los términos para ser comprendidos, y así, gracias a una serie de movimientos de ida y vuelta desde las partes —las frases, que vamos leyendo una por una— al todo, todo siempre parcial y, en alguna medida, virtual... y del todo hacia las partes, se van afinando los conceptos, los presupuestos, las cuestiones clave, y después se pueden aclarar las formulaciones complejas, los puntos conflictivos. «Poco a poco —dice Merleau-Ponty— su palabra [la del filósofo] domina su lenguaje, y el uso que él hace de ella es lo que termina por afectarla con un significado nuevo y propio de él. En ese momento, él se ha hecho entender y su significado se ha instalado en mí»<sup>19</sup>.

Por lo que hace al escritor, dice: «El escritor sólo tiene que ver con el lenguaje, y así es como de repente se encuentra rodeado de sentido»<sup>20</sup>. Así como el pintor tantea inconscientemente la pincelada, hasta el punto que parece que sea la mano la que decide, así el escritor «tantea la intención de significar», que sabemos que no es algo que esté dado previamente, salvo en esbozo.

De ahí que para llegar a donde se da la expresión en propiedad haya «que considerar la palabra antes de que se la pronuncie, el fondo de silencio que no deja de rodearla, sin el cual no diría nada, poner al descubierto los hilos de silencio de que está entremezclada»<sup>21</sup>. Y si se quiere percibir la palabra en su operación más propia, naciendo, habría que evocar todas las que podrían haber surgido en su lugar —«hemos de ser sensibles a esos hilos de silencio de los que el tejido de la palabra se halla entreverado»<sup>22</sup>. En fin, «si queremos entender el lenguaje, tenemos que fingir no haber hablado nunca»<sup>23</sup>.

Y ¿qué es lo que se encuentra cuando atendemos al momento en que se crea la expresión? Ahí es donde Merleau-Ponty recoge la concepción diacrítica del lenguaje de Saussure.

Saussure nos hacía notar en su *Curso de lingüística general* que una cosa es lo que él llamaba la significación de un término y otra cosa el valor de empleo de dicho término, que depende de la frase en que se inserte, mas no sólo, sino también de sus

---

<sup>19</sup> Merleau-Ponty, M. Signos, p. 109.

<sup>20</sup> Op. cit., p. 55.

<sup>21</sup> Op. cit., p. 57.

<sup>22</sup> Op. cit., p. 80.

<sup>23</sup> Op. cit., p. 57.

relaciones de asociación y de las de los demás términos de la frase. Que, en definitiva, el sentido se origina a partir del sistema de valores de la lengua. De este modo se negaba la noción corriente de que cada palabra tenga su significado y sólo tengamos que componer los significados correspondientes para, por acumulación, entender una frase.

Tal hallazgo le llevaría a Saussure a decir de manera un tanto extrema: «en la lengua no hay más que diferencias [...] sólo hay diferencias sin términos positivos»<sup>24</sup>. Y digo de manera extrema, porque tal sentencia hace referencia sólo a los significantes o a los significados tomados aisladamente, más no a los signos en su totalidad. En cualquier caso, es el juego de las diferencias y de las oposiciones el que produce el sistema de valores de la lengua.

Este carácter diacrítico de producción del sentido lo descubrirá Merleau-Ponty en la «palabra hablante», en la palabra verdadera. La fórmula ya hecha da la impresión de que se corresponde con la realidad como el significante se corresponde con el significado, pero sólo es producto acabado que exige antes el nacimiento de la palabra, la realización de su carácter expresivo.

A cada momento, bajo el sistema de la gramática oficial [...] se ve trasparecer otro sistema expresivo que sostiene el primero y pro-cede de otro modo que él: la expresión, en este caso, no se halla ordenada, punto por punto, a lo expresado; cada uno de sus elementos sólo se precisa y recibe la existencia lingüística por lo que recibe de los otros y por la modulación que les imprime a su vez. El todo es lo que posee un sentido, no cada parte<sup>25</sup>.

Es el todo de la lengua lo que posee un sentido, lo que dota de sentido a la expresión concreta. Se preguntará cómo es eso posible, pues aprender la lengua parece que significa ir de las partes al todo. Y, sin embargo, no basta. Hay una inminencia del todo en las partes<sup>26</sup>. De hecho aprender a hablar no es ir aprendiendo palabras, fórmulas de expresión, no es ir acumulando, sumando... Con las diferencias fonemáticas el niño parece haber atrapado el principio de la diferenciación mutua de los signos y adquirido el sentido del signo: «el enlace lateral del signo al signo como base de una relación final del signo al sentido» —Toda la lengua se ve anticipada con las primeras oposiciones fonemáticas<sup>27</sup>.

Por ello nos dirá Merleau-Ponty que el sentido es lateral u oblicuo, porque resulta del comercio de las palabras con las palabras, dentro del sistema total de la lengua. Así, el pensamiento no consiste en tener ideas que el lenguaje llevaría a expresión. Expresar algo no es cifrar en palabras un texto previo de ideas —no hay tal texto ideal que las palabras traten de traducir.

---

<sup>24</sup> Saussure, F. Curso de lingüística general. Madrid: Alianza, 1993, p. 193.

<sup>25</sup> Merleau-Ponty, M. La prosa del mundo, p. 57.

<sup>26</sup> Merleau-Ponty, M. Signos, p. 51.

<sup>27</sup> Op. cit., p. 50.

Lo que hay es una intención significativa, un querer decir que consiste en «un vacío determinado que llenar con palabras, [que es] el exceso de lo que quiero decir sobre lo que es o ha sido ya dicho»<sup>28</sup>. Prueba de que lo que se quiere decir, cuando hay efectivamente expresión, novedad, no es algo que esté ya puesto en palabras es que las propias palabras nos sorprenden, haciéndonos ver, des-cubrir nuestro pensamiento.

«Existe un significado “lenguajero” –dice Merleau-Ponty– del lenguaje que realiza la mediación entre mi intención aún muda y las palabras<sup>29</sup>».

La expresión no es una operación segunda –comunicar el pensamiento–, sino que es «la adquisición de significados que sólo secretamente nos son presentes.»<sup>30</sup>. Por eso mismo, la expresión nunca puede ser total. En la expresión, que propiamente es un tomar conciencia, «la intención significativa se da un cuerpo y se conoce a sí misma buscándose un equivalente en el sistema de significados disponibles de la lengua [...] y les hago decir algo que no han dicho nunca»<sup>31</sup>.

El poder expresivo del signo le viene de su integración en el sistema de la lengua, mas no es algo que se perciba intelectualmente, sino algo que se practica. Concebido desde la expresión, el lenguaje es un hacer, un operar. Con nuestro lenguaje nos instalamos en cierta situación a la que él es sensible, y lo que decimos es el balance final de esos intercambios<sup>32</sup>.

El lenguaje es, por lo tanto, elemento, medio y materia de nuestra vida. Estamos inmersos en el lenguaje y el lenguaje nos atraviesa, forma parte de nosotros. Tan es así, que en nuestra vida toda empresa espera un relato, tiene el deseo de manifestarse; dice Merleau-Ponty: «Excepto tal vez en algunos desdichados que sólo piensan en ganar, o en tener razón, todo acto, todo amor está transido de la espera de un relato que los cambiaría en su verdad, desde el momento en que por fin se sabría lo que realmente fueron»<sup>33</sup>. Somos, por lo tanto, de tal manera que se da en nosotros espontáneamente el querer decir, la intención significativa: «es nosotros mismos con nuestras raíces, nuestro crecimiento y los frutos de nuestro trabajo»<sup>34</sup>. De ese modo han adquirido las palabras su potencia de significación: «por la vida sorda que han llevado y siguen llevando en nosotros»<sup>35</sup>.

Y es que la expresión no es privativa del lenguaje, sino propia del cuerpo: movernos, mirar encierran ya el secreto de la «acción expresiva»<sup>36</sup>. La percepción es ya expresión primordial: «operación primera que constituye los signos, implanta un

---

<sup>28</sup> Op. cit., p. 107.

<sup>29</sup> Op. cit., p. 106.

<sup>30</sup> Op. cit., p. 108.

<sup>31</sup> Op. cit., p. 108.

<sup>32</sup> Cf. Merleau-Ponty, M. La prosa del mundo, p. 168.

<sup>33</sup> Merleau-Ponty, M. Signos, p. 88.

<sup>34</sup> Op. cit., p. 89.

<sup>35</sup> Op. cit., p. 89.

<sup>36</sup> Op. cit., p. 78.



sentido donde no lo había, inaugura un orden, funda una institución o una tradición...»<sup>37</sup>. Por eso el mundo está también entreverado de lenguaje. No se trata de que el mundo sea en el fondo lenguaje, sea racional en esencia, sino de que el lenguaje es algo que arraiga en el mundo; hay, diríamos, una racionalidad emergente.

De este modo escapa Merleau-Ponty a los dos posibles extremos a que conducía el dualismo lenguaje/mundo de que partíamos: el mundo no es ni mudo ni elocuente, lo que redundaría en que el lenguaje sea o puramente activo y creador o puramente pasivo y reproductor. Ya hemos visto cómo en este último caso no tendría siquiera sentido hablar. En el primero, la consecuencia es que con el lenguaje no podríamos llegar al mundo, nos hallaríamos –algunos así lo pretenden– encerrados en la cárcel del lenguaje. Pero lo cierto es hay comunicación, hay sentido. Eso es lo que la pertenencia del lenguaje al mundo aspira a explicar.

Saussure nada dijo de la referencia del lenguaje; se contentó con señalar su funcionamiento interno. Merleau-Ponty encuentra precisamente en dicha vida interior el poder de significación, es decir, su capacidad para aludir, para evocar, para decir el mundo. El sentido, ya lo hemos visto, siempre está «engastado en las palabras»<sup>38</sup>, pero como el lenguaje tiene su vida, es un ser que circula por todas partes, para decir algo, para expresar, «basta con que nos prestemos a su vida, a su movimiento de diferenciación y articulación, a su elocuente gesticulación»<sup>39</sup>, pues es capaz de alojar en sí el universo entero. El lenguaje es un principio de distinción. No es que haya un diccionario interior, como no hay ideas ya dadas; hablar o entender no consiste en cifrar o en descifrar un texto de ideas; lo que se traduce es una situación que pugna por encarnar en palabras. Luego se verá si lo dicho satisface o no a quien lo dice. Así las cosas, carece de sentido pensar en que haya expresión completa: «todo lenguaje es indirecto o alusivo, es, si se quiere, silencio»<sup>40</sup>.

«El sentido es el movimiento total de la palabra y esta es la razón de que nuestro pensamiento circule por el lenguaje»<sup>41</sup>. Trabajando unas con otras, las palabras evocan su sentido. «El lenguaje significa cuando, en lugar de copiar el pensamiento, se deja deshacer y rehacer por él»<sup>42</sup>. Por eso resulta el lenguaje más eficaz cuando renuncia a decir la cosa misma.

Hablará Merleau-Ponty de «expresión creadora», porque la «expresión recrea y metamorfosea»<sup>43</sup>. Al pasar «del orden de los acontecimientos al de la expresión no se cambia de mundo: los mismos datos se convierten en sistema signifiante. Ahondados, trabajados, liberados por fin de ese peso sobre nosotros que los hacía dolorosos o hirientes, [...] por mucho que sufran una metamorfosis, no dejan de estar ahí»<sup>44</sup>. Y esto

---

<sup>37</sup> Op. cit., p. 80.

<sup>38</sup> Op. cit., p. 53.

<sup>39</sup> Op. cit., p. 52.

<sup>40</sup> Op. cit., pp. 53-54.

<sup>41</sup> Op. cit., p. 53.

<sup>42</sup> Op. cit., p. 55.

<sup>43</sup> Op. cit., p. 71.

<sup>44</sup> Op. cit., p. 76.

lo sabe bien el escritor, capaz de gozar con la materia de los dolores vividos. La obra es respuesta a esos datos<sup>45</sup>, no copia ni efecto. «La palabra recupera y sobrepasa la certidumbre sensible, aunque en otro sentido la conserve y la continúe»<sup>46</sup>. El lenguaje se mantiene unido a lo que viene a expresar, que sólo es aprehensible en la expresión. Recupera el mundo y lo rehace para conocerlo.

Si en los textos de esa fase media insiste Merleau-Ponty en señalar la vida interior del lenguaje, en *Lo visible y lo invisible* pondrá el acento en la reciprocidad de mundo y lenguaje: «El lenguaje es una vida: la nuestra y la de las cosas»<sup>47</sup>. Y en esa vida hay referencias hacia las cosas mudas, a las que interpela, y hacia el mundo de las cosas dichas, que va transformando.

De *Lo visible y lo invisible* sólo el cuarto capítulo nos ofrece un germen explícito de la ontología de Merleau-Ponty. El título, «el entrelazo — el quiasmo», hace referencia a la reversibilidad, que, como dice cerrando el capítulo, es la «verdad última»<sup>48</sup>. El mundo es primordialmente fenómeno, organización autóctona, tejido que se teje, carne. La reversibilidad es ese entrelazo, ese entretejerse primordial, irreductible de las cosas. Mas las cosas no son sólo lo visible, sino también el sentido, y «el sentido es invisible, pero lo invisible no es lo contrario de lo visible: lo visible tiene una textura invisible, y lo invisible es la contrapartida secreta de lo visible, sólo aparece en lo visible», dice una densa nota de trabajo<sup>49</sup>. Y eso, en su reversibilidad, es la carne, «textura que se vuelve hacia sí misma y se conviene a sí misma»<sup>50</sup>. La carne es el «elemento, [el] emblema concreto de un modo de ser general»<sup>51</sup>.

La reversibilidad viene a decir un modo de identidad en la diferencia, el mantenimiento de la ambigüedad de identidad y diferencia. La reversibilidad entra con la noción de que lo invisible ilumina lo visible, la idealidad invisible del lenguaje ilumina el mundo y pone de manifiesto su sentido. El lenguaje surge de la dehiscencia y repliegue sobre sí misma de la carne del mundo. El lenguaje es «otro cuerpo menos pesado, más transparente»<sup>52</sup> que está al servicio de la expresión del mundo.

La reversibilidad de lo visible y lo invisible la entiende Merleau-Ponty como reflexión, en el doble sentido de reflejo y de pensamiento.

El lenguaje es el medio en que el mundo se refleja y se piensa. No duplica ni copia el mundo, es el modo como el sentido del mundo se despliega. Es el sentido del mundo que se separa de él para iluminarlo y al tiempo iluminarse. Esta relación de reciprocidad en que ninguno de los elementos es inteligible por sí mismo es la relación de reversibilidad. Lo que distingue al lenguaje de la percepción —cuya reversibilidad

---

<sup>45</sup> Op. cit., p. 77.

<sup>46</sup> Merleau-Ponty, M. *La prosa del mundo*, p. 77

<sup>47</sup> Merleau-Ponty, M. *Lo visible y lo invisible*, p. 158.

<sup>48</sup> Op. cit., p. 192.

<sup>49</sup> Op. cit., p. 261.

<sup>50</sup> Op. cit., pp. 181-2.

<sup>51</sup> Op. cit., p. 183.

<sup>52</sup> Op. cit., p. 189.

estaría en que no haya coincidencia plena con la cosa, con ser percepción de la cosa<sup>53</sup>— es que el signo lingüístico pueda separarse en pensamiento.

El pensamiento es la relación de los signos consigo mismos, signos que llaman a otros signos para hacerse inteligibles. La reversibilidad se manifiesta en cuanto intercambiabilidad o traducibilidad. La marca del pensamiento que se ha encontrado a sí mismo es la libertad respecto de una formulación concreta; de ahí su apariencia espiritual. El pensamiento, aunque sea distinto del lenguaje permanece ligado a él, puesto que el sentido del pensamiento se halla en la reversibilidad de las formulaciones, fuera de ese intercambio no puede existir. El pensamiento «es lo invisible de este mundo, lo que lo habita, lo sostiene y lo hace visible, su posibilidad interior y propia, el Ser que este mundo es [*l'Être de cet étant*]»<sup>54</sup> Así reúne el lenguaje pensamiento y mundo.

Lo visible y lo invisible acaba con estas palabras:

En cierto sentido, como dice Husserl, toda la filosofía consiste en restituir un poder de significar, un nacimiento del sentido o un sentido salvaje, una expresión de la experiencia por la experiencia que ilumina particularmente el campo especial del lenguaje. Y, en cierto sentido, como dice Valéry, el lenguaje lo es todo, puesto que no es la voz de nadie, es la voz misma de las cosas, de las aguas y los bosques. Y lo que hay que entender es que entre estas dos ideas no hay inversión dialéctica, no tenemos por qué reunir las en una síntesis: son dos aspectos de la reversibilidad que es la verdad última<sup>55</sup>.

Se trata, pues, de la reversibilidad del lenguaje. Por un lado, surge el lenguaje de las cosas; por otro, no es meramente la voz de las cosas, que en sí son silenciosas, habría que decir, sino que ese lenguaje exige que se renueve siempre la capacidad de decir, que se recupere siempre el vínculo de la palabra con las cosas. Si nosotros no sabemos decir, las cosas callan.

---

<sup>53</sup> Dillon, M. C. Merleau-Ponty's Ontology. Evanston: Northwestern UP, 1997, p. 164.

<sup>54</sup> Merleau-Ponty, M. Lo visible y lo invisible, p. 187.

<sup>55</sup> Op. cit., p. 192.